

los Indios y de los Europeos; se ve claramente que los procedimientos complicados, largos é imperfectos de los primeros, habian sido bien pronto sobrepajados por la industria europea, tanto en razon de la correccion de dibujos, como respecto á la variedad de matices, y á la simplificacion de manipulaciones.

En el entretanto la Europa se estacionó largo tiempo sin poder igualar la vivacidad de dos ó tres colores, que los Indios obtenian de ciertas sustancias colorantes particulares á su pais, y que aplicaban sin arte, pero con aquella destreza propia de una larga práctica.

BENITO TORÁ.

(Se continuará.)

HORAS DE MELANCOLIA.

Triste cosa fuera en verdad la existencia si el hombre no esperase con ávido afán el premio que sus virtudes sobre la tierra alcancen en el cielo.

Que existe en nosotros un alma, vivo reflejo de la divinidad, duradera como ella, incomprendible, en algun modo como ella, es una verdad inconcusa que percibimos grabada en el fondo de nuestro corazon.

Hé aqui por que cuando males sin cuento nos persiguen, lanzamos una mirada hácia los cielos, por que en ellos vemos el fin de nuestros acerbos sufrimientos.

Si nos detuviéramos á examinar por un instante la grandeza de esa religion inspirada por el Supremo Hacedor, admiracion nos causarian esos mudos egejemplos de su sublimidad.

Tendamos la vista á esas escenas terribles de la crucificacion voluntaria en la primera edad de la Iglesia; en la que el hombre parecia á la vez víctima y verdugo, lobo y oveja, perseguidor y paciente, puesto que aceptaba gustoso la mortificacion á fin de aniquilarse en espíritu, cual si ansiara que tornara á la tierra lo que tierra es, á fin de que el alma cruzara el

espacio en raudó vuelo hasta llegar al celestial palacio.

No pasó mucho tiempo, y ese noble deseo de merecimientos á alcanzar una vida eternal sembrada de encantos, que el hombre en su pequenez no acierta á esplicar, obligóle á derpojarse de sus vestidos, cubrirse con un tosco sayal y yacer gustoso en un lecho sembrado de punzantes espinas.

Tal vez existan seres que sonrian desdenosamente en presencia de esos grandiosos espectáculos; pero el que con juicio les examine hallará sin duda, como nosotros, no una ridícula extravagancia, hija tan solo de pasiones exaltadas, sino un objeto mas elevado del que abarca un pensamiento turbado acaso por la riente brisa del mas impuro libertinage.

El cristianismo de aquellos tiempos de imperecedera fé se dejaba despojar de sus cuerpos con un valor que rayaba en heroismo; sufría indecibles tormentos con una resignacion santa; aguardaba sereno el suplicio cruel á que sus infames detractores le arrastraban; por que veia en el término de su existir el único medio para ascender á la morada de los justos.

Un sábio filósofo esclama que aquellos hombres se apresuraban á disfrutar de la austera serenidad del último sueño, envueltos en los pliegues de sus vestidos como si fuesen un sudario.

Brillaba en la frente de esos seres elegidos un rayo quizá de la divinidad: sus ojos entreabiertos eran imágen fiel de la inocencia: su pálida tez recordaba acaso la descolorida faz del que lanzó los mundos al espacio, al espirar en la santa cruz.

Los sufrimientos enervaban paulatinamente la materia: el espíritu entonces predominaba en ellos: el alma abandonaba la débil cárcel en la cual se hallaba aprisionada cual si anhelara volar por el espacio, ansiosa de tender una mirada hacia lo sublime, lo eterno, lo infinito.

El hombre, entonces, no pertenecía á este mundo material, pertenecía al mundo de los ángeles.

Y nada mas bello: el alma entonces es dueñade si misma: no existe esa lucha cruel